

POR FERNANDO ALONSO BARAHONA

ALFRED HITCHCOCK

Un misterio dentro de otro misterio



EL HOMBRE

Un misterio dentro de otro misterio, así se definió el autor de *Psicosis* (1960) y sus biógrafos solo han podido acercarse a la epidermis de la persona.

Pero el artista queda, con su obra siempre renovada, con un puñado de imágenes y personajes inolvidables. ¿Hasta qué punto podemos desvelar un misterio que solo a Hitchcock pertenece? El 45 aniversario de su muerte es una buena oportunidad para recordar a uno de los más grandes artistas del siglo XX.

Alfred Hitchcock nació el 13 de agosto de 1899 en Leytonstone, una población entonces cercana al Londres nebuloso de Sherlock Holmes, Jack el Destripador y Scotland Yard, y que hoy es un distrito del East End de la capital británica. Sus padres, William Hitchcock y Emma Jane Wehlan, dueños de un negocio de comestibles, ya tenían dos hijos, William (1890) y Ellen Kathleen (1892).

Desde niño, la educación católica cimentaría la personalidad del joven Alfred. Su primera escuela fue la Casa Conventual Howrah. Dos años después, otro traslado llevó a la familia a Stepney. Allí el joven ingresó en el Colegio de San Ignacio, fundado por los jesuitas en 1894 y especialmente reconocido por su disciplina, su rigor y su estricto sentido católico.

La estancia escolar dejó una profunda huella en Hitchcock: la educación, los conceptos de culpa y perdón, el sentido del pecado. Pura teología católica que el cineasta recreará en *Yo confieso* (1953), *Falso culpable* (1956), *La sombra de una duda* (1943) o *Pánico en la escena* (1950).

Hitchcock había conocido a Alma Reville, una chica de su misma edad, natural de Nottingham, menuda y simpática. Alma adoraba el cine y había trabajado en la Film Company y en la compañía Famous. El 2 de diciembre de 1926 contrajeron matrimonio católico estableciéndose en Cromwell Road, en Londres.

En 1928 nació su hija Patricia Alma; la familia fue un refugio íntimo para el artista al margen de sus obsesiones, su creatividad y su talento. Alma –la esposa– y Patricia –la hija que llegó a intervenir como actriz en algunas películas y obras de teatro– fueron una razón y un ancla vitales para que Hitchcock pudiera desarrollar su carrera y concebir sus obras maestras.

Hitchcock aprendió a hacer cine en las películas mudas, poseyendo así el gran secreto del que hablaba Truffaut. Como De Mille, Ford, Vidor, Henry King, Walsh, Leo McCarey, Chaplin, Fritz Lang o Hawks, el autor de *Vértigo* (1958) penetró en los misterios de la imagen animada sin palabras, inventando el lenguaje en cada película. Privilegio único de los pioneros de cualquier arte.

EL NACIMIENTO DE UN ARTISTA

Blackmail (1930) fue la primera obra sonora (aunque se realizó como silente añadiéndose en un posterior montaje diálogos y efectos sonoros). La historia de una mujer angustiada por un crimen cometido en defensa propia constituye la primera gran muestra del talento de su director.

Después vinieron sus primeros triunfos: *El hombre que sabía demasiado* (1934), *La dama del expreso* (1938), *39 escalones* (1935), o la reivindicable *Posada Jamaica* (1939), con una adorable y jovencísima Maureen O'Hara y un genial Charles Laughton interpretando a un malvado juez que oculta sus vicios y crímenes tras la máscara de su posición.

Hitchcock afiló una técnica inigualable, fue creando un universo particular lleno de toques personales: sus apariciones breves y originales en las películas, los retratos de mujer, la fragilidad de las relaciones humanas, el miedo y a la vez la fascinación por lo desconocido.... Pero la industria británica se le quedaba pequeña, era el momento del Hollywood dorado.

Hitchcock llegó a «La Meca del Cine» y debutó con el gran David O'Selznick, obteniendo como resultado la inolvidable *Rebeca* (1940), Oscar a la mejor película y un comienzo para la historia: «*Anoche soñé que volvía a Manderley*».

Sospecha (1941) juega de forma genial con la posibilidad de que Cary Grant pueda ser un asesino; es la perversa ambigüedad que también rodea la magistral *La sombra de una duda* (1943) en la que Teresa Wright descubre el monstruo que se oculta tras su adorable y encantador tío (Joseph Cotten).

Encadenados (1946) dibujaba otra sensación morbosa: Cary Grant empujaba a su amante Ingrid

Bergman a casarse con el sospechoso (Claude Rains) para cumplir la misión encomendada y llegando hasta el final de todos los propósitos.

Recuerda (1945), *El caso Paradine* (1947), *Náufragos* (1944), son nuevos hitos, tal vez menos perfectos, pero campo de juego para experimentos (las secuencias oníricas ideadas por Dalí, la acción que se desarrolla en un bote salvavidas) que van perfeccionando la mano del maestro.

Su estilo es ya reconocible por cualquier aficionado, pero el éxito, lejos de adormecer su talento, le empuja a descubrir nuevos campos.

EL APOGEO CREATIVO

La moral y el asesinato recorren la fascinante *La soga* (1949), protagonizada por James Stewart. En *Yo confieso* (1953) Monty Clift interpreta a sacerdote que ha de ocultar a un criminal que le ha comunicado un asesinato en secreto de confesión y en *Extraños en un tren* (1951) un hombre propone a otro intercambiar sus proyectos de asesinato para que no sean descubiertos. Hitchcock ha alcanzado su cumbre creativa.

La magia de toda una serie de sensaciones con la cámara y, sobre todo, en el rostro y en el cuerpo de las mujeres, se une a un prodigioso sentido de la narrativa, del suspense.

A su gigantesca popularidad contribuyó no poco, a partir de 1954, la serie de televisión *Alfred Hitchcock presenta*, en la que el director actuaba de presentador original y a menudo bromista y macabro. También dirigió personalmente algunos de los mejores episodios (*Venganza* y *¡Bang! Estás muerto*).

Obras maestras como *Falso Culpable* (1956), protagonizada por Henry Fonda y Vera Miles aborda un caso real en el que un inocente es confundido con un peligroso criminal; divertimentos como *Atrapa a un ladrón* (1955), con Cary Grant y Grace Kelly y la extraordinaria *La ventana indiscreta* (1954), con las actuaciones de James Stewart y Grace Kelly en un trasunto de la propia pasión del cine: observar las vidas ajenas. Dichos metrajes conducen a *Vértigo* (1958), con James Stewart y Kim Novak, una de las grandes obras de arte del siglo XX.

Retrato del amor necesario y a la vez imposible, espejo de una obsesión que provoca que el protagonista abandone la realidad tratando de que su sueño cobre vida tangible, *Vértigo* (1958) es una película subyugante, con una Kim Novak absolutamente hermosa, capaz de engendrar mil lecturas, de una insondable belleza que se acrecienta a cada visión.

Con *la muerte en los talones* (1959), con Cary Grant y Eve Marie Saint, supone la culminación del cine de suspense y *Psicosis* (1960) abre la puerta al nuevo cine de terror contemporáneo. En la primera se describe un genial rompecabezas pletórico de escenas brillantes e inolvidables. En *Psicosis*, Hitchcock juega con la identificación del espectador con la protagonista (Janet Leigh) y, tras un asesinato de antología, es capaz de cambiar la perspectiva y aumentar aún más si cabe el interés de la película. Toda una lección de cine.

LA MUJER

Las mujeres de Hitchcock componen el núcleo vital de su obra. Si Alma Reville —de la que tenía un fuerte sentido de dependencia— le acompañó durante toda su vida, Hitchcock sublimó en sus mejores películas una visión sensual de la mujer que consideraba atractiva. Fría y seductora, rubia y distante, pero intensamente carnal en los momentos soñados.

Madeleine Carroll, Maureen O'Hara, Tallulah Bankhead, Laraine Day, Silvia Sydney, Ingrid Bergman, Shirley McLaine, Joan Fontaine, Teresa Wright, Jane Wyman, Janet Leigh, Marlene Dietrich, Alida Valli, Anne Baxter, Kim Novak, Vera Miles, Grace Kelly, Eve Marie Saint, Tippi Hedren, Julie Andrews, componen el mosaico de las obsesiones femeninas de un artista que supo hacer del misterio su elegante marca de estilo. De entre ellas destacan Ingrid Bergman (*Recuerda* y *Encadenados*), Grace Kelly (*Crimen perfecto*, *Atrapa a un ladrón* y *La ventana indiscreta*) y Kim Novak (*Vértigo*) a las que se unen dos favoritas del director: Vera Miles (*Falso culpable*, *Psicosis* y para quien estaba pensada *Vértigo*, pero cuyo embarazo le impidió protagonizarla) y Tippi Hedren (*Los pájaros* y *Marnie*) con la que mantuvo una tormentosa y fallida relación personal.

EL SUSPENSE Y LA MIRADA

El suspense es el ejercicio técnico que asombra en cada película, la brillante manipulación del tiempo y del espacio para mantener la tensión del espectador, las mujeres son la obsesión, el inmarcesible secreto femenino que Hitchcock trata en vano de poseer y desvelar. La muerte es el destino frecuente de esta incapacidad (*Vértigo*, *Psicosis*, *Topaz*, *Frenesí*...).

El voyerismo es uno de los temas más interesantes ya que, en última instancia, el cine es el poder de la mirada sobre unos escorzos de vida humana (en la genial expresión de Julián Marías): *La ventana indiscreta* (1954), ese hombre apegado a una silla de ruedas por un accidente (el genial James Stewart) que contempla desde su apartamento lo que pasa en el edificio de enfrente, y, por supuesto Anthony Perkins – *Psicosis* (1960)– cuando Norman Bates espía a Marion Crane en el momento que esta va a ducharse. Sin olvidar a Karl Malden vigilando a Monty Clift en *Yo confieso* (1953) o a Gregory Peck obsesionado con la imagen de Alida Valli en *El caso Paradine* (1947).

En *Vértigo* (1958), James Stewart sigue ensimismado a Kim Novak por las calles de San Francisco, por los museos, por los jardines, por su propio universo entre la realidad y la ficción.

Tras el éxito de *Psicosis* (1960), se suceden *Los pájaros* (1963) y *Marnie* (1964), dos nuevas obras maestras. Tras ellas, Hitchcock parece refrenar su inventiva, pese a la interesante *Cortina rasgada* (1966), en tanto que es objeto de ataques por parte de algunos sobre todo tras la espléndida *Topaz* (1970), una de sus obras más infravaloradas, una trama de espionaje que encubre una visión pesimista de la vida, pero también un eficaz anticomunismo que refleja la crueldad y deshumanización de la dictadura castrista en Cuba.

EL DESENLACE

Frenesí (1972), obra explícita sobre la violencia del crimen y los desajustes del criminal, es el canto del cisne de uno de los grandes maestros del cine, aunque aún vendría *Family Plot* (1975), curiosa y ligera, y el trabajo febril en su último proyecto que no pudo ver realizado: *The Short Night*.

En la mañana del 29 de abril de 1980, moría el maestro y el genio del cine de terror, de suspense y de misterio, el hombre que creó un estilo y un mundo propios. Casi medio siglo después, su universo permanece con todo su atractivo, incrementado si cabe por el descenso generalizado del talento artístico en el Séptimo Arte.

Sus mejores obras: *La sombra de una duda* (1943), *La ventana indiscreta* (1953), *Vértigo* (1958), *Con la muerte en los talones* (1959), *Psicosis* (1960)... pueden disfrutarse como ejercicios cinematográficos de primer orden y como fascinantes retratos del alma humana, sus pasiones, sus debilidades y sus ambiciones. Amor y muerte en primer término.

Nadie podrá nunca -seguramente- desvelar la máscara del artista, el velo de ese misterio que nos atrapa y atrae. El secreto de Alfred Hitchcock, a la altura de los más grandes cineastas: John Ford, Cecil B. De Mille, King Vidor, Howard Hawks o Fritz Lang.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura